V

En comisión

MURILLO caminó como sabían caminar los chinacos: de día y de noche, combatiendo el sueño y el hambre.

Cerca del obscurecer, el primer día de su salida de Huetamo, quiso dar agua á su atareado caballo.

Estaba en una cañada profunda y sembrada de árboles: el bosque era tan espeso, que sólo la angosta vereda que él llevaba era practicable, y atravesándola un arroyo transparente y manso que dibujaba al través de sus aguas cristalinas las piedrecillas de mil colores que formaban su lecho, parecía destinado á calmar la sed de los viajeros.

Murillo, con esa calma que adquieren los hombres acostumbrados á viajar mucho á caballo, se apeó, aflojó la silla y la colocó bien en su lugar: esto es lo que ellos lla-

man «alegrar»; después quitó el freno al caballo y le acercó al arroyo.

El animal bebía tranquilo, mientras Murillo, formando una especie de taza con una hoja de esas plantas que crecen á las orillas de los arroyos, y que llaman «lampazo ó caramicua», tomaba también agua.

Repentinamente el caballo cesó de beber, alzó pausadamente la cabeza, dejando escurrir el agua que tenía en la boca, echó hacia adelante las orejas, y comenzó á olfatear haciendo un ruido semejante al de un fuelle.

—Vamos, faceto, ¿qué te pasa? dijo Murillo: vamos.

Pero el animal estaba á cada momento más alarmado; hasta que, dando un resoplido, arrancó de las manos de su amo el lazo que le contenía, y echó á correr por la vereda.

Murillo oyó crujir los matorrales, y descubrió la cabeza de un leopardo que le miraba fijamente.

La situación era comprometida. Para caminar con más descanso, había colgado el revólver con el cuchillo de la cabeza de la silla, y el caballo se los había llevado.

El leopardo seguía mirando sin moverse.

Murillo se agachó, levantó dos piedras, y le lanzó la primera.

Preocupado con el peligro, faltó á Murillo el tino, y la piedra pasó sin tocar á la fiera.

Lanzó la segunda, que cayó cerca de ella; y entonces,

moviendo las orejas, y como quien no tiene ganas de emprender cuestión, el leopardo se metió entre la maleza; y el ruido que se alejaba, indicó al oficial que estaba libre de aquella visita.

Se echó á buscar su caballo: el animal no podía haber seguido más camino que el de la vereda: el bosque por ambos lados era impenetrable: ¿pero podría llegar á alcanzarlo? Esta era la dificultad.

Había caminado ya un gran trecho llevando en la mano el freno, cuando allá á lo lejos escuchó un grito agudo y prolongado, que repitieron los ecos de la cañada.

El corazón del oficial palpitó de gozo.

Era un grito conocido, el grito de un amigo.

En aquellas regiones, en donde es tan fácil perderse, y tan difícil volverse á encontrar los compañeros de viaje ó los que buscan á alguno que va en marcha; allí donde los árboles, los bejucos y la maleza, ayudados de las sinuosidades del terreno, impiden á dos hombres el verse, aunque estén á pocos pasos de distancia, en donde los caminos son accidentes tan pasajeros en la tierra, que la grama que crece en la primavera basta para hacerlos desaparecer, los hombres necesitan tener un grito como los animales, para llamarse y reconocerse.

Pero como todos los hombres tienen una fisonomía diferente, así allí cada uno tiene su grito particular, que lanza

á los aires, y que llevado por los ecos, hace exclamar á los que lo escuchan:

— Ese es fulano.

Y no es tan fácil gritar así; y uno de nuestros elegantes de la ciudad, lo mismo que uno de nuestros más célebres cantantes, ó uno de los rancheros del bajío ó de tierra adentro, se encontrarían allí con que sus pulmones no podrían arrojar un grito que se oyera ni á doscientos pasos, cuando aquéllos se escuchan á distancias fabulosas.

Murillo llevó las manos á la boca, y formando con ella una bocina, contestó al grito, y siguió caminando.

A poco escuchó otro grito más cerca, y contestó también.

Poco á poco los gritos fueron siendo más cerca, hasta que en un recodo descubrió un hombre que venía con una mula, y traía también el caballo fugitivo.

— ¡Mi coronel Alzati! exclamó Murillo.

— Amigo Murillo, contestó el otro inclinándose de la mula para abrazarle: aquí está el caballo, y monte usted.

El oficial puso al caballo el freno que traía en la mano, y montó.

— ¿A dónde va usted, mi coronel?

— A Huetamo, á ver al general.

— Pues no vaya usted, porque viene en marcha para acá con la fuerza; piensa atacar á Zitácuaro, y vengo en comisión para que de acuerdo con usted, mande exploradores y disponga lo necesario.

— Entonces me vuelvo á Tusantla con usted; pero lo único que siento es que mi mula ya no puede: de aquí allá está muy lejos.

— Pues mi caballo tampoco: ha caminado cinco días, y está mal comido.

— Nos haremos de otros: por este monte hay caballada mansa de los ranchos.

— ¿Pero cómo alcanzarlos en éstos que traemos tan cansados?

— Pierda usted cuidado, que ya mañana vamos muy bien montados.

— Esta noche no podemos seguir adelante: oigo ladrar un perro; cerca debe estar algún rancho: mañana madrugaremos.

Alzati, siempre alegre y siempre fuerte en los trabajos, echó á andar seguido de Murillo y cantando una de esas monótonas canciones de aquellos rumbos.

Yo me llamo Juan García,
Por sobrenombre Becerra,
Y llevo por deresera
El cerro de Apasindán:
Soy alegre, soy galán,
Sé cargar mi larga cuera,
Mi botita rodillera,
Mi calzón blanco de fuera;
Mi china se me enojó
Porque le bordé la anquera.

Alzati era un hombre tan popular como útil en el Ejército del Centro: bajo de cuerpo, delgado, buen jinete, conocedor del terreno como nadie; Alzati era una presea en la guerra de montaña. Le bastaba haber pasado una sola vez por un camino para no olvidarle jamás; nadie como él seguía un rastro, ni podía decir, inclinándose un poco sobre su caballo, con más seguridad: «por aquí pasó uno á caballo ó en una mula, al paso, al trote ó al galope».

Infatigable y valiente, no tenía precio para las comisiones difíciles ó peligrosas.

Y Alzati no es un personaje de novela: ha muerto pocos días después del triunfo de la República.

Los dos viajeros llegaron hasta un rancho: se miraba dentro la luz del fogón; y como era natural, los perros salieron á recibirlos ladrando como unos rabiosos.

— Buenas noches, señora, dijo Alzati.

— Buenas noches, contestaron un hombre y una mujer que estaban sentados cerca de la lumbre, cubriendo sus ojos con la mano abierta, para que el resplandor de la hoguera no les impidiese ver á los que llegaban, en la obscuridad.

— ¿No nos da usted licencia para quedarnos aquí esta noche?

— Pasen ustedes, señores.

Los de afuera se apearon, y comenzaron á desensillar sin ceremonias.

Así se entiende por allí la hospitalidad. Amarraron los caballos con largas reatas, después de darles agua, y entraron al rancho.

Poco había que comer, pero de eso poco comieron.

Se tendieron después en el suelo, y comenzaban á dormirse cuando los perros empezaron á ladrar y vinieron á refugiarse á la casa: los caballos hicieron ruido.

— ¿Qué sucede? dijo Murillo incorporándose.

— No tengan ustedes cuidado, dijo la mujer; es el tigre que anda pujando: ya va el hombre á espantarle.

El hombre salió con un gran palo, seguido de los perros, que se pusieron á ladrar, y volvió á entrar á poco rato.

— ¿Qué hubo?

— Ya se fué.

Los perros siguieron ladrando, pero un cuarto de hora después todo el mundo dormía; la lumbre del fogón iba expirando.

A media noche los viajeros se levantaron, ensillaron los caballos, y volvieron á emprender su viaje tiritando de frío.

En la tierra caliente en el invierno, á la madrugada, hace un frío horrible.

— ¿Vamos á buscar la caballada? dijo Alzati. El hombre de la casa me dijo que duerme en un potrero aquí cerca, arroyo arriba.

— Vamos.

Siguieron algún tiempo el arroyo, hasta llegar á una meseta.

Allí entre la obscuridad y á la escasa luz de las estrellas, se advertían unos bultos negros, eran los caballos: cada uno de los dos sacó su reata.

Apenas sintieron los caballos la presencia de los hombres, huyeron como despavoridos; hubiera sido imposible alcanzar uno.

— ¿Ya lo ve usted? dijo Murillo, ni esperanza.

— Calma, calma, usted no conoce las costumbres de los animales: estése usted aquí sin moverse.

Murillo obedeció, y Alzati se perdió entre las sombras.

Seis minutos después los caballos, en fuerza de carrera, volvieron al mismo lugar.

Murillo no se movía por no espantarlos.

El coronel llegó á poco.

— ¿Qué hace usted? ¿por qué no toma uno?

— Por no espantarlos otra vez.

— ¡Qué! ya no se espantan, mire usted.

En efecto, llegó y lazó uno, sin que los demás se asustaran. Murillo hizo lo mismo.

— Los caballos mansos, cuando duermen en el campo, dijo Alzati, al ver al hombre se espantan y corren, y van á pararse á otro lugar cerca; si allí se les asusta, vuelven

al primero, y entonces puede uno llegar á ellos con confianza, que no se irán.

— Bueno es saberlo, contestó Murillo.

Los dos ensillaron sus nuevas cabalgaduras, y dejando allí las que llevaban, echaron á trotar alegremente.